

V Concurso Relato Breve Joaquín Mercado - 2008

Tema: **CUENTOS DE NUESTRAS ABUELAS**

Título: ***Perdone, pero... ¿Le conozco?***

Autor: **Miguel Ángel López González**

Mayo - 2008

- Perdone... ¡oiga joven!
- ¿Si? -responde Fran alarmado mientras se quita los cascos de los oídos y se incorpora en su asiento para prestarle atención al anciano.
- ¿Esta ocupado?
- No, siéntese.-Fran retira la mochila y se la coloca entre las piernas.

El anciano asiente con un gesto y comienza a sentarse lentamente hasta que cae a plomo sobre el asiento y suspira aliviado.

El autobús va cargado de gente acalorada que no hacen más que trastear los botones de las rejillas que tienen encima por donde debería salir aire que apague el agobiante calor de julio. El leve murmullo es a veces interrumpido por alguna risa escandalosa.

Fran mira por la ventana al resto de personas que van de un lado a otro arrastrando de mala gana su equipaje buscando su autobús con cara de preocupación mientras preguntan a todos los autobuseros que encuentran en su camino. Le hace gracia.

El motor ruge y de las rejillas comienzan a soplar aire. Muchos brazos se levantan para volver a toquetear los paneles. La marcha atrás llama la atención de los viandantes que desde el andén observan como recula el bus.

Una tos estruendosa y pesada de esas que hace fruncir el ceño aparta la vista de Fran de la ventana. El viejo se pone el puño delante de la boca y tose una última vez, después saca un pañuelo de su bolsillo y se seca las lágrimas de los ojos que se le saltan del esfuerzo.

-Ay, Dios mío. -Se lamenta en voz baja el hombre de su desgracia mientras redobla el pañuelo en pliegos cada vez más pequeños y se lo guarda otra vez.

Fran le observa de reojo algo asqueado y tratando de evitar que surja una conversación se coloca de nuevo los cascos pensando que si una chica guapa se hubiese sentado a su lado no tendría que recurrir a eso.

El viaje transcurre lento y el calor lo hace mas pesado aún. Entre paisajes y música Fran intenta escapar del tiempo. Por fin verano piensa, el buen tiempo, los amigos y las despreocupaciones, todo le espera al otro lado de este horroroso viaje. Los recuerdos de veranos pasados le asaltan la imaginación y una sonrisa entupida se le dibuja en la cara recordando cuando su primo se cayó en la piscina con la ropa puesta mientras huía de su hermana pequeña enfurecida por... La música se paró y Fran salio de su mente dando un respingo. Resopló indignado mientras trataba de volver a poner en marcha el mp3 en vano. Las pilas. Alza la mirada y con desgana se despoja de los cascos y lo mete todo en la mochila bajo él.

- ¿Se han acabado las pilas, eh?- Pregunta el viejo con una sonrisa amistosa.  
- Si... responde de inmediato Fran –Llevaba mucho tiempo funcionando- añade devolviéndole la sonrisa mientras se endereza en la butaca. Fran vuelve a mirar por la ventana esperando no haber despertado el interés del hombre.

- Los jóvenes siempre con los chismes esos y los ordenadores. Estáis ciegos.  
- ¿Ciegos?- se vuelve hacia él Fran.  
- O locos, mejor dicho. Ríe el viejo mirando al frente, haciéndose el interesante piensa Fran que comienza a ver la intención del anciano buscando conversación disimuladamente. Fran desiste y no le sigue el juego así que responde- Ya, que le vamos a hacer- y le dedica una sonrisa para después mirar por la ventana de nuevo.  
-Y algunos más que otros parece ser- añade el viejo.

Fran tras asimilar la contestación mira al anciano con cara de asombro. -¿Cómo?  
-Perdona joven no te sientas ofendido no era mi intención. Solo que las cosas han cambiado tanto...- baja la cabeza el hombre desolado.

Fran se siente violento con la conversación. Incomodo por la actitud del hombre que en verdad parece tener un gran pesar. Al final ha conseguido captar su atención irremediabilmente.

- Bueno...-titubea Fran- si, mi abuelo también piensa igual, así que supongo que tendrán razón.-Responde intentando consolar al anciano.

El viejo gira la cabeza hacia Fran. Su rostro cansado y triste le miraba a través de unos ojos profundos hundidos, acentuados por las cejas deshechas. Fran observa al pobre hombre con detenimiento, esperando algún tipo de respuesta.

- Han cambiado los valores de la sociedad. Unos valores crueles y fríos que nada tienen que ver con lo que yo he vivido. Miro a la gente de hoy y me siento triste, te miro a ti, joven y me siento triste.

Fran no termina de entender lo que perturba la mente del hombre. Pero le atrae la propiedad que tiene en sus palabras.

- ¿Por que triste?  
-¿Como no estarlo?- replica el anciano levantando las cejas.- Aún recuerdo cuando se podía ser feliz con poco y era precisamente esa felicidad la que unía a la gente. La mayoría de la gente éramos pobres, ayudábamos a nuestros padres en el trabajo y sudábamos el pan de cada día. No había egoísmo entre vecinos, un día era por ti y otro día por mí. Era una confraternidad que no se puede describir con palabras era saber que si tenias algún problema, el resto de amigos haría lo que estuviese en sus manos para

ayudarte. El hambre. Había mucho por entonces y se pasaba mucha fatiga para mitigarlo. Una vez fue el cumpleaños de un chico de la calle en la que vivía y nos invitaron a los demás niños a la fiesta, para celebrarlo su familia hizo matanza con un cerdo, sabiendo esto el resto de padres, no se pudieron resistir a ofrecer un poco de vino, pan...cosas que las familias habían trabajado costosamente, se pagaban con la misma moneda en el buen sentido de la palabra y era fantástico. Así de fácil. ¿Esos valores donde se han quedado? ¿Cuándo los perdimos?. La sociedad se ha corrompido. El egoísmo, el dinero ha nublado los sentimientos más nobles de una humanidad entera. Trabajamos con tanto esfuerzo para ver como hoy los jóvenes os destruíis unos a otros. No creéis en la humildad, solo creéis en lo que la caja tonta os dice, y de ahí pocas veces puede salir nada bueno. Siempre con prisa, no os dais un respiro para pensar a donde vais si quiera y además os perdéis el paisaje en vuestro afán por llegar los primeros, sin mirar atrás para ver a cuantos has tenido que pisotear para conseguir lo que quieres. Esto esta todos los días en la calle, créeme, lo veo y lo que mas me duele es que ocurre con total normalidad. Locos, a eso me refiero. ¿Te das cuenta? Se ha perdido tanto desde mis tiempos. Vais hacia vuestra destrucción sin daros cuenta.

- Si, pero no creo que todo sea tan malo, la amistad sigue viva hoy.-Reprocha Fran al viejo con la voz apagada.

- Lo dudo chico- responde el hombre con firmeza.- La amistad se ha perdido ¿cuantos de tus amigos realmente te ayudarían en momentos de problemas? ¿cuantos compartirían un poco de pan aún sabiendo que les supondría pasar mas hambre? No lo sabes verdad, porque no has tenido la experiencia. Hay pocos amigos de verdad. Los hubo y los habrá, pero saber quien es tu amigo en tiempos difíciles es más bonito que tener cien mil amigos en la alegría.

El anciano deja caer la mirada sobre Fran y luego alza la vista rápidamente por la ventana como si se hubiese acordado de algo.- Esta es mi parada – dice incorporándose en el asiento para levantarse.-Bueno Francisco, encantado.- le dice el anciano ofreciéndole su mano.

Fran se queda perplejo.

- ¿sabe mi nombre?-.

- Claro que lo se, al igual que el de tu abuelo Antonio, mi mejor amigo.- Le responde el hombre sonriendo pillamente.

- ¿Y usted? Lo sabía desde...

- Desde que te pregunté si estaba ocupado el asiento.- Le interrumpe guasonamente y sin borrar la sonrisa de su cara. Fran observa que el rostro cansado ahora tiene un brillo alegre en los ojos. Un brillo sincero.- me llamo Esteban, pero tu abuelo me conocerá por "Rosales".

- Rosales...- Repite Fran recordándolo.

- Si.

El autobús frena y después de oye el pistón que abre las puertas.

- Hasta otra joven-. El anciano hace un esfuerzo y se levanta para andar por el pasillo. Ya apenas queda nadie en el autobús. El viejo se da la vuelta una última vez - que no se te olvide darle recuerdos a tu abuelo de mi parte.- dice.

- De acuerdo no se me olvidará. Hasta pronto Esteban- añade Fran.

El hombre una vez abajo comienza a alejarse de la parada. Fran le ve dar la vuelta a la esquina de una casa y desaparece. Fran se siente con ganas de hablar más con ese

hombre, para que le cuente más cosas sobre él y su abuelo. El bus acelera y sigue su camino. A Fran solo le falta media hora para llegar a su destino, su pueblo. Ya no piensa en sus amigos, en el verano, tiene ganas de ir a casa de su abuelo para contarle lo que le ha ocurrido. Pero también piensa en la profunda reflexión del hombre sobre la sociedad de hoy. Realmente tiene razón.

El sol anaranja el cielo mientras se esconde por el horizonte. Ha sido un largo viaje. Desembarca del autobús con la mochila al hombro y se dirige hacia la casa de su abuelo directamente. Su abuela lo recibe con muchos abrazos y cariño.

- El abuelo no esta, ha ido de paseo no tardará-. Le dice – te traeré algo de comer mientras lo esperas.

- Gracias abuela.- Responde Fran dejándose caer en el cómodo sofá. El silencio se interrumpe constantemente por las agujas de un reloj que marcan el tiempo agónicamente. Examina la habitación y los ojos se posan en una mesita donde está el teléfono. Son fotografías. Su abuela, su tío, su hermano... Fran mira con detenimiento una foto sin marco que pasa desapercibida entre todas las demás. La coge para verla mejor. Rosales, ¿es él? Si, es el mismo hombre. Fran se alegra de que la historia sea increíblemente verdadera.

El timbre suena y su abuela abre la puerta.

- Esta aquí Francisco -oye decir a su abuela. Su abuelo entra en la habitación alegre.

- ¡Francisco!, que bien que ya has llegado.- Se abrazan.

- Hola abuelo, ni te imaginas lo que me ha ocurrido hoy...